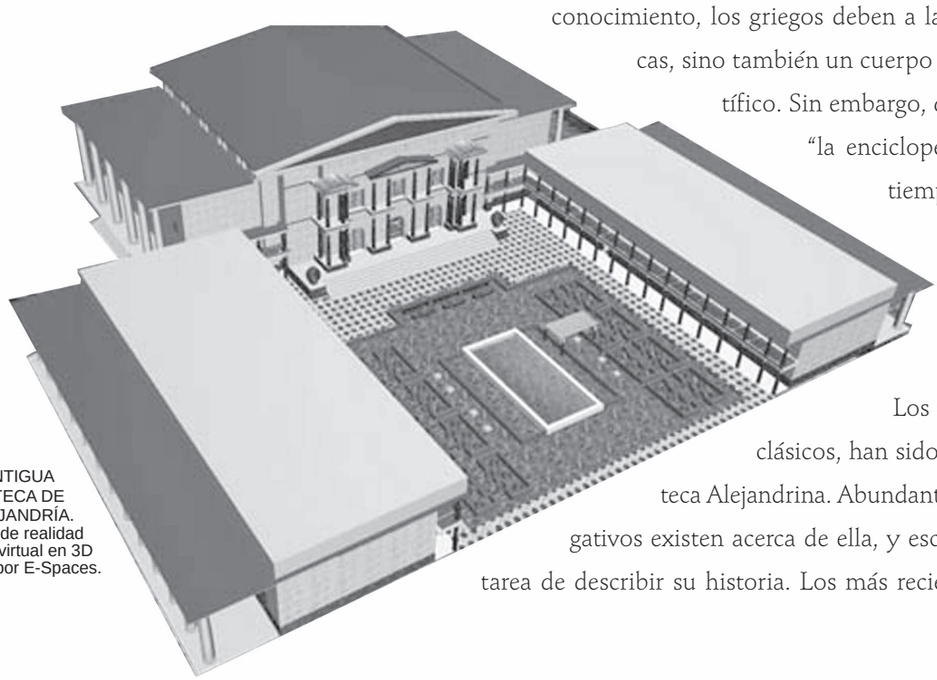
El legado de Alejandro Magno

LA ANTIGUA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA

por MOHAMMED AMAN

Al describir la gloria de lo que fue Alejandría, no es posible ubicarla excepto en el contexto de la cadena de eventos que dieron forma a la civilización humana. No se pueden ignorar ciencias clasificatorias como la petrología y la mineralogía, que surgieron en Egipto y Babilonia vinculadas a las actividades prácticas de la minería y la metalurgia. Tampoco podemos olvidar la medicina y la cirugía de los egipcios como revela el papiro Edwin Smith; el calendario egipcio, que ha sido llamado el único calendario inteligente en la historia humana; o el altamente desarrollado sistema de pesos y medidas usado tanto por los egipcios como por los babilonios. En el *continuum* del conocimiento, los griegos deben a la antigua civilización no sólo técnicas, sino también un cuerpo considerable de conocimiento científico. Sin embargo, debemos concordar con Farrington: "la enciclopedia de las ciencias constituida en tiempos alejandrinos superó, con todas sus limitaciones, cualquier cosa que hubiese existido previamente y permaneció desprovista de rival hasta tiempos modernos" (1969, 18).

Los académicos, tanto modernos como clásicos, han sido cautivados por esta antigua Biblioteca Alejandrina. Abundantes artículos, libros y ensayos investigativos existen acerca de ella, y escritores recientes han continuado la tarea de describir su historia. Los más recientes de estos escritos incluyen un



ANTIGUA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA. Modelo de realidad virtual en 3D creado por E-Spaces.

ANTIGUA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA.
Modelo de realidad virtual en 3D creado por E-Spaces.

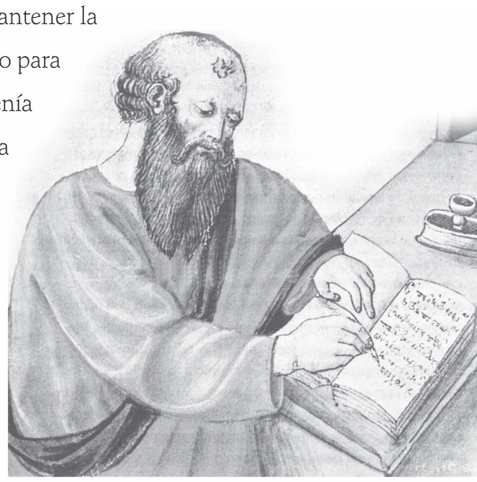
artículo de Sidney Jackson publicado en la primera edición del Anuario del ALA (1980, 39-40) y el libro de Mustafá El-Abbadi sobre la Biblioteca Alejandrina publicado por la UNESCO en 1990. Al unir las piezas proporcionadas por los académicos, podemos vislumbrar la grandiosa maravilla de una ciudad concebida con un destino en mente. "Para los numerosos poseedores de datos tangibles, la inspiración estaba en la idea de la biblioteca académica físicamente imponente y comprehensiva, una inspiración que se manifiesta aún en los escritos del Renacimiento... El concepto de una biblioteca nacional estaba ahí, pues la colección parecía haber sido desarrollada sobre el principio de que la biblioteca debía tener una copia apropiada de todo título en griego" (Jackson 1980, 32).

Aquellos que heredaron el reino de Alejandro heredaron a su vez su entusiasmo en asuntos educativos. Dos generaciones después de su fundación, sus posesiones superaron el medio millón de manuscritos y la biblioteca se convirtió en un centro principal de la ciencia y el arte, un lugar de encuentro intelectual para académicos de las culturas mediterráneas y asiáticas occidentales. Una segunda biblioteca subsidiaria (la biblioteca hija) debió ser construida para albergar esta gran colección.

En manos estratégicas

En el comienzo, Ptolomeo I designó a Demetrio Falero (Demetrio de Falera), quien había regido Atenas durante diez años y fue exiliado en Alejandría en 297 a.C. En su calidad de refugiado político, recibió con agrado un nuevo e influyente puesto como consejero del rey Ptolomeo I Sóter; Plutarco lo llama "el primero de los amigos de Ptolomeo" *(De exilio 7,* 601 ss.). Se cree que jugó un papel en la fundación del Museo y la Biblioteca, y ayudó a transferir métodos aristotélicos de investigación científica, histórica y literaria y de crítica filológica y literaria, al tiempo que ideas y principios provenientes de la escuela aristotélica, el Peripatos. La organización de la gran biblioteca real de Alejandría debió haber sido uno de ellos, pues es en este contexto que debemos leer a Estrabón, al afirmar que "Aristóteles enseñó a los reyes de Egipto la disposición de una biblioteca" (XIII, 608).

Como primer director de la Biblioteca, Demetrio planeó dividir el Museo y la Biblioteca en facultades departamentalizadas, cada una liderada por un decano asalariado. Fue su organización original, sus pasos, los que serían seguidos aún siglos después. Sus reglas y directrices estaban para sostener la investigación y mantener la Biblioteca como un ambiente de trabajo para las mejores mentes de la época. Contenía diez grandes salas de investigación, cada una dedicada a un tema particular; fuentes y columnatas; jardines botánicos; un zoológico; salas de disección; un observatorio; y un gran comedor donde, con comodidad, eran conducidas discusiones sobre las grandes ideas de los tiempos.



ARISTÓTELES,
a quien Filipo II,
padre de Alejandro,
le encomendó
la instrucción del joven.
Grabado medieval.

Construida a un costado del Museo, la gran Biblioteca servía también como oficina de publicaciones. Llevaba a cabo una agresiva política de adquisiciones. De acuerdo con Galeno (Hipócrates Ep. III, Komm. 2, 4), todos los manuscritos hallados en barcos eran decomisados temporalmente durante el tiempo que llevara copiarlos. Galeno apunta que los libros copiados eran identificados como provenientes "de la nave". Obras conocidas, como las tragedias griegas, eran tomadas en préstamo desde Atenas contra un depósito en efectivo y eran traídas a Alejandría de manera que pudiesen ser copiadas; era frecuente que numerosas copias fueran hechas al disponer que el original fuese leído en voz alta; entre tanto, un número de escribas copiaba al dictado. La historia de la "copia estatal" ateniense de los textos de los trágicos áticos, que Ptolomeo III Evérgetes solicitó en préstamo y conservó, compensando con el depósito de quince talentos, es bien conocida (Galeno XVII, 607). Galeno nos cuenta también que en su ansia por completar sus colecciones, los bibliotecarios eran frecuentemente estafados al comprar falsificaciones de textos raros (XV, 105).

A 60 de los más cultivados judíos helenísticos de Alejandría se les otorgó la labor de traducir el Antiguo Testamento hebreo al griego. Cada uno trabajó de forma individual. Al final, las 60 traducciones coincidieron hasta en los menores particulares.

TORRE DE HÉRCULES Y FARO DE ALEJANDRÍA en el *Beato de El Burgo de Osma*. Manuscrito del año 1086. Iglesia Catedral del Burgo de Osma.

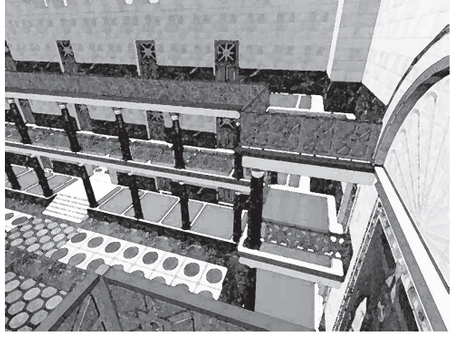
No existe evidencia firme acerca del número de rollos de papiro existentes en la colección de la Biblioteca en Alejandría. Un estimativo que data del siglo I a.C. proporciona la cifra de 200.000, en tanto que otros autores que escribieron en la Antigüedad van tan lejos como para afirmar que había 700.000.

Al evaluar los contenidos de la Biblioteca, debe recordarse que un rollo podía contener una obra breve, varias obras por el mismo autor o varias obras por diferentes autores; y, por el contrario, una sola obra podía requerir más de un rollo. El rollo normal de papiro que constituía un libro tenía entre diez y doce pulgadas [25 y 31 cm. aprox.] de altura y medía unos veinte pies [610 cm. aprox.] desenrollado. Un rollo de tales características podía contener, por ejemplo, el *Banquete* de Platón inscrito en cincuenta y seis "páginas" de treinta y seis líneas, cada línea midiendo entre tres y cuatro pulgadas [8 y 10 cm. aprox.] de largo. La única característica estándar era el largo de una línea, de treinta y cuatro a treinta y ocho caracteres, lo que facilitaba calcular cuánto pagar al copista.

Se citan académicos y científicos

Las comunicaciones por tierra y mar, hechas posibles por la reputación de Alejandría como centro del comercio, condujeron a más que el intercambio de bienes. Donde la carga podía viajar con seguridad, así mismo podían hacerlo los hombres cultos. Alejandría se convirtió en el centro de aprendizaje helenístico al recibir a eruditos provenientes de varios lugares del Imperio para visitar e intercambiar información con colegas académicos, o para estudiar de manos de gigantes de la época como Arquímedes de Siracusa. La Biblioteca era el hogar de padres de teorías científicas y de obras literarias, quienes se encontraban reunidos en una comunidad de académicos que exploraban la física, la literatura, las matemáticas, la biología y la ingeniería. La genialidad floreció allí. La Biblioteca de Alejandría es el primer lugar en que la humanidad recolectó de manera seria y sistemática el conocimiento del mundo. Durante estas visitas, fueron hechos descubrimientos como el "Tornillo de Arquímedes", cambiando la manera como las personas vivían y trabajaban.

Entre los numerosos académicos y científicos famosos que frecuentaban la Biblioteca se encontraban maestros como Euclides (ca. 330-260 a.C.), quien dijo a su rey, luchando por hallar la respuesta a un difícil problema matemático, que "no hay camino real hacia la geometría". Fue su concepto del tratamiento sistemático de la geometría el que fue enseñado por sus pupilos a Apolonio de Pérgamo (ca. 262-190 a.C.), quien a su vez lo enseñó en la Universidad allá. Por referencias en el *Almagesto* de Ptolomeo, es sabido que Apolonio, llamado "el Gran Geómetra" por sus contemporáneos, introdujo los sistemas de movimiento excéntrico y epicíclico para explicar el movimiento planetario. Sus *Cónicas* son una de las grandes obras científicas del mundo antiguo. En tanto que la mayoría de sus tratados se han perdido, sus títulos



ANTIGUA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA.
Modelo de realidad virtual en 3D creado por E-Spaces.

y una indicación general de sus contenidos fueron transmitidos por autores posteriores, en especial Pappo de Alejandría (quien floreció ca. 320 d.C.). Los primeros cuatro libros de las *Cónicas* sobrevivieron en el original griego y los siguientes tres en una traducción árabe. La única obra existente de Apolonio es *Del corte del radio* (o *Sobre la sección proporcional),* que nos ha llegado en una traducción árabe.

Entre estos grandes matemáticos se encontraba una gran mujer, Hipatia (ca. 370-415 d.C.), matemática y astrónoma, última luz de la Biblioteca. El filósofo Sinesio de Cirene, un estudiante de Hipatia, le otorgaba el crédito por el desarrollo de un astrolabio y un planisferio (ambos instrumentos utilizados para el estudio de las estrellas). Sinesio escribió que Hipatia desarrolló también un artefacto para destilar agua, un instrumento para medir el nivel del agua y un higroscopio (un instrumento para medir la gravedad específica del agua).

En el frente médico, Hipócrates proclamó la secuencia natural de la enfermedad, esbozando por lo tanto la posibilidad de combatirla. Herófilo, el fisiólogo, estableció firmemente que el cerebro y no el corazón era el asiento de la inteligencia. Fue después, durante el siglo II d.C., que surgió un hito en la historia intelectual de la región, no como un destello de genialidad en una obra original, sino en la forma de la cuidadosa recopilación de varias piezas aisladas información concerniente al cuerpo humano. Galeno visitó Alejandría, así como otros centros de conocimiento, con el propósito de tener al alcance todo el conocimiento disponible (Anthony 1948, 56). Su conocimiento médico sistematizado fue aceptado como autorizado durante muchos siglos, hasta el descubrimiento del sistema circulatorio sanguíneo por Harvey a comienzos del siglo XVII.

Quienes miraban al cielo para su estudio incluían al filósofo Eratóstenes, a Hiparco, quien elaboró un mapa de las constelaciones y estimó el brillo de las estrellas, y al astrónomo y geógrafo Claudio Ptolomeo (90-198 d. de C), quien compiló mucho de lo que en la actualidad es la pseudociencia de la astrología e inventó técnicas cartográficas (Sagan 1980, 17).

Los estudiosos del lenguaje podían contemplar a Dionisio de Tracia, el hombre que definió las partes del habla e hizo por el estudio del lenguaje lo que Euclides por la geometría. El mundo de la ingeniería tenía a Herón de Alejandría (siglo I d.C), autor de varios libros sobre mecánica y de *Automata,* el primer libro sobre robots, e inventor del motor de vapor, trenes de cambios y el dioptra, un instrumento topográfico. Arquímedes fue el más grande genio mecánico hasta Leonardo da Vinci. Se le acredita la invención de las poleas.

Los bibliotecarios eruditos de Alejandría

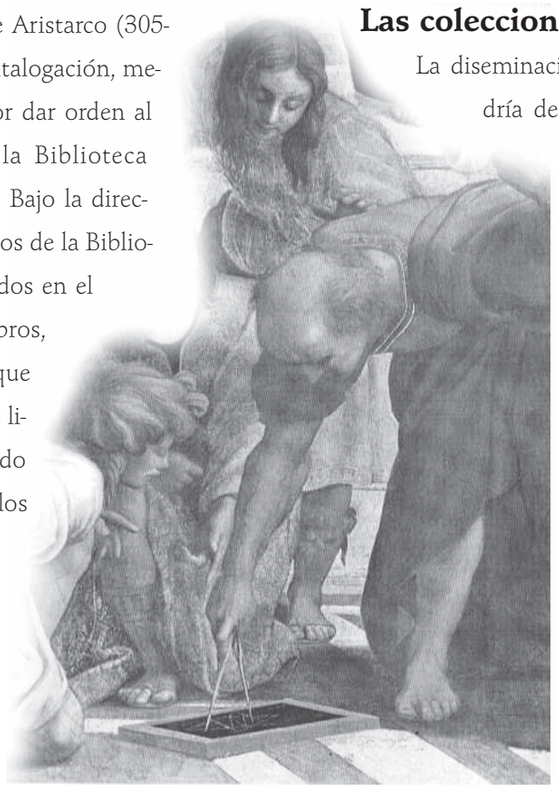
La función de la antigua Biblioteca de Alejandría como centro de aprendizaje para el mundo helénico se halla igualada por los ilustres académicos del Museo que se convirtieron en sus bibliotecarios. Una lista de bibliotecarios alejandrinos en un papiro de finales del siglo II d.C. (papiro Oxyrhincus 1241) daba cuenta de algunos de los poseedores de esta eminente posición. Los bibliotecarios eruditos iniciales incluían a Zenodoto de Éfeso, un académico dedicado a Homero e inicialmente subalterno de Demetrio, quien parece haber sido el primero, hacia 291 a.C., en haber sido designado director *(bibliophylax),* en un momento en que la catalogación y la traducción eran reconocidas como parte de la rutina de la Biblioteca bajo la mirada benefactora de Ptolomeo II Filadelfo (Jackson 1980, 2); y Apolonio, quien, alrededor de 247 a.C., sucedió a Zenodoto y precedió a *Eratóstenes (Encyclopedia Americana* 1988).

HIPATIA
(ca. 370-415 d.C.), matemática y astrónoma, última luz de la Biblioteca.

Los logros de Calímaco –maestro de

La Biblioteca era el hogar de padres de teorías científicas y de obras literarias, quienes exploraban la física, la literatura, las matemáticas, la biología y la ingeniería. La genialidad floreció allí. La Biblioteca de Alejandría es el primer lugar en que la humanidad recolectó de manera seria y sistemática el conocimiento del mundo.

Eratóstenes y, a través de él de Aristarco (305-240 a.C.)– en el campo de la catalogación, merecieron la corona de laurel por dar orden al caos que debió haber sido la Biblioteca Alejandrina en sus comienzos. Bajo la dirección de Calímaco, los contenidos de la Biblioteca fueron clasificados y listados en el *Pinakes*, un catálogo en 120 libros, de acuerdo con sus reglas, y que determinó la manera como los libros debían ser descritos, dando con frecuencia títulos a aquellos que carecían de uno e indicando el número de líneas en cada obra. De este catálogo extrajo una bibliografía de todas las obras griegas conocidas en el momento, añadiendo una nota biográfica junto al nombre del autor. El único conocimiento que poseemos de este catálogo *('pinakes':* 'tablas' o 'listas') es a través de citas provenientes de éste que aparecen en los clásicos. Del catálogo de la Biblioteca propiamente dicho, nada queda. Del *Pinakes* de Calímaco es sabido que las características temáticas, descriptivas e incluso evaluativas de las obras habían sido desarrolladas de un modo más bien elaborado. Fue Aristófanes de Bizancio (ca. 257-180 a.C.) quien revisó y continuó el *Pinakes* de Calímaco.



EUCLIDES (ca. 330-260 a.C.). Detalle de *La escuela aristotélica* de Rafael.

Cuatro o cinco rollos del siglo III d.C. contienen fragmentos de un catálogo o lista de obras, y se cree que algunos de estos pueden tener una conexión con la Biblioteca de Alejandría. Por lo pronto, es demasiado apresurado afirmar que el papiro Vindob, o papiro G 40611, fue escrito en Alejandría, o que su contenido se refiere al catálogo de la Biblioteca. Debemos aguardar la edición definitiva antes de saber con seguridad, pero lo que resulta claro es que el método utilizado para las citaciones epigramáticas es el de Calímaco (Harrauer 1981,49-53).

Las colecciones de la Biblioteca

La diseminación de la información en Alejandría dependía del método comparativamente lento de transmisión oral. Los libros se hallaban en rollos de papiro y solamente podían circular mediante el laborioso proceso de hechura de copias individuales. Estos rollos eran escritos a mano, copiados individualmente o al dictado por grupos de escribas que no eran académicos. Los textos copiados tenían entre doscientos y seiscientos años de antigüedad. Provenientes de muchas partes distintas del mundo de habla griega, diferían ampliamente el uno del otro en términos de la forma del texto, *i.e.* las lecturas y también, presumiblemente, la ortografía (mejores formas) y la disposición de los textos. Algunos de los rollos de libros más antiguos se hallaban escritos en alfabetos distintos al alfabeto fonético que era usado generalmente en el mundo helenístico. Los textos estaban escritos de manera continua, sin división de palabras, sin puntuación, sin acentos o indicación alguna de sílabas cortas o largas. Cuando nos detenemos a considerar las dificultades bajo las cuales trabajaban, resulta sorprendente que la información se diseminara tan rápido como lo hizo.

La atmósfera académica e informativa de Alejandría no se encontraba confinada al museo, pues la influencia de este gran centro de pensamiento e información fue llevada a diversos lugares del mundo helenístico por aquellos que fueron a estudiar e investigar. Con su carácter universal, la Biblioteca jugó un papel eminente en el desarrollo de la civilización grecorromana, sobre la cual se basa la cultura occidental. Como se ha mencionado antes, varios textos antiguos que habían desaparecido del mundo

ANTIGUA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA.
Modelo de realidad virtual en 3D creado por E-Spaces.

grecorromano han llegado a nosotros por vía de los árabes, quienes los habían traducido al árabe, presumiblemente de los manuscritos hallados en Alejandría. La Biblioteca y su ciudad proveyó, como lo había vislumbrado Alejandro el Grande, un vínculo esencial en la cadena histórica de la continuidad cultural (UNESCO 1988).

Grandes libros en una gran biblioteca

Las obras de la Biblioteca no se hallaban únicamente en griego; los escritos de otras civilizaciones estaban también representados. De acuerdo con la leyenda, a setenta de los más cultivados judíos helenísticos de Alejandría se les otorgó la labor de traducir el Antiguo Testamento hebreo al griego. Cada uno trabajó de forma individual, compartiendo sus logros únicamente tras haber finalizado. Se decía que todas las setenta traducciones coincidían hasta en los menores particulares, y que por este milagro se sabía que la traducción resultaba aceptable a Dios; de ahí el nombre Septuaginta, o traducción de los Setenta. Se dice también que escritos persas y babilonios formaban parte de la colección, junto con ciertos textos budistas.

Se han hecho referencias a una de las grandes obras conservadas en la Biblioteca, un libro del astrónomo Aristarco de Samos, quien afirmaba que la tierra es uno de los planetas, que como tal orbitaba el sol, y que las estrellas se encuentran enormemente distantes. cada una de estas conclusiones fueron posteriormente probadas como correctas por científicos modernos, pero fue necesario esperar dos mil años para su redescubrimiento (Sagan 1980, 20).

La "Colección Hipocrática", con cerca de setenta libros, constituía la biblioteca de la escuela de medicina, probablemente en Cos, y durante el siglo III a.C. fue transferida a la gran Biblioteca de Alejandría, donde los manuscritos fueron copiados, corregidos y conservados *(Encyclopædia Britannica* 1990; Farrington 1969, 66). Allí, la colección adquirió su estado presente, y su afortunada preservación nos ha permitido formarnos una buena idea del progreso de la ciencia médica en el mundo griego durante los dos siglos precedentes.

La caída de la antigua Biblioteca

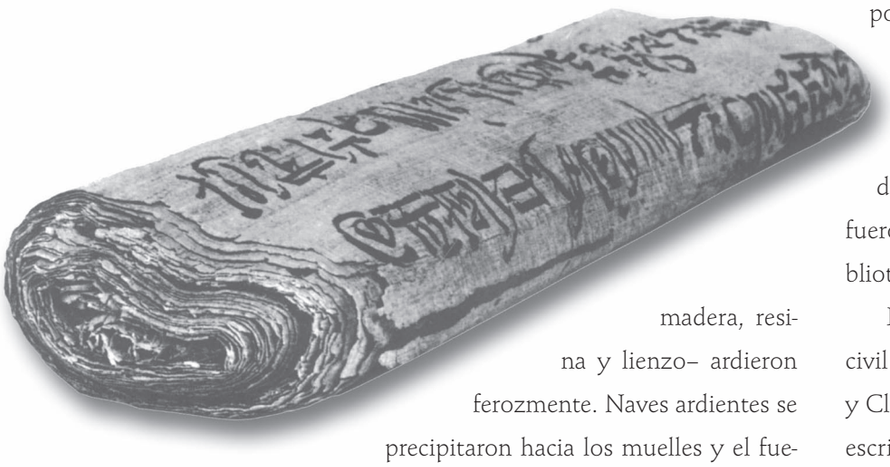
Los eventos que rodean la desaparición de la colección de la Biblioteca Alejandrina, como todos los eventos de la historia, no son muy claros. Es, como lo ha dicho Barbara W. Tuchman, como contemplar un espejo distante. Esto no había sido tan evidente como cuando miramos atrás a la desaparición de esta noble institución. La leyenda pasa al frente como verdad, sólo para mezclarse con las sombras cuando la brillante luz de la academia es aplicada.

Una de estas historias apócrifas establece que la Biblioteca principal fue destruida por Julio César. Es sabido que Julio César, en su búsqueda de Pompeya, había adelantado sus ejércitos y entrado a Alejandría únicamente con sus tropas personales de 3.200 infantes y 800 hombres a caballo. Los ciudadanos toleraron inicialmente a los soldados romanos, pero pronto ocasionaron revueltas contra lo que era percibido como intervención romana en los asuntos de Alejandría. Entre octubre de 48 y marzo de 47 a.C. lograron rodear al César en la pequeña sección palaciega de la ciudad, desproveyéndolo por completo de refuerzos.

BAJORRELIEVE de la época romana, única representación conocida de una librería de la Antigüedad. En la Biblioteca de Alejandría, los libros en rollo se colocaban en pequeños receptáculos llamados "nidos"; en el extremo del rollo figuraba la indicación de la obra con rótulos elaborados en madera.

Ganimedes, al mando de las fuerzas alejandrinas, intentó polucionar las fuentes de bebida romanas al contaminarlas con agua de mar transportada del puerto por medio de ruedas de agua mecánicas. César ordenó a sus hombres excavar pozos, descubriendo de este modo suficiente agua fresca para reemplazar la cantidad que no podía obtener de los suministros de la ciudad. "La gente [de Alejandría] era lista y muy aguda, y tan pronto como veían lo que hacíamos, ellos lo reproducían con tal habilidad que parecía que fuesen nuestros hombres quienes habían copiado sus obras"; de esta forma Hirtio, un historiador y amigo de César, describió esta guerra de acción y reacción (Way 1964, 15). En un resuelto contraataque, los legionarios romanos quemaron la flota alejandrina. Los veleros –de

El rollo de papiro que constituía un libro tenía entre 10 y 12 pulgadas de altura y medía unos 20 pies desenrollado. Uno de estos podía contener el* Banquete *de Platón inscrito en 56 "páginas" de 36 líneas, cada línea midiendo entre tres y cuatro pulgadas de largo.



ROLLO DE PAPIRO en estado original. El libro, redactado en escritura hierática, contiene una narración mítica, numerosos apuntes contables y canciones de amor. Tiene una longitud de 5,02 metros desenrrollado. Hacia 1150 a.C. Museo Británico, Londres.

madera, resina y lienzo– ardieron ferozmente. Naves ardientes se precipitaron hacia los muelles y el fuego se dispersó por el distrito de bodegas y de ahí a la Biblioteca. Años después, Antonio ordenó transferir la Biblioteca de Pérgamo (alrededor de 200.000 rollos) a Alejandría a manera de compensación.

La historia parece tan lógica que con frecuencia se le permite figurar sin ser investigada. Historiadores cautos apuntan que la evidencia disponible indica que Alejandría era, en ese momento de su existencia, una ciudad construida en piedra y albañilería, con amplios suministros de agua a la mano, la ciudad más resistente al fuego en el mundo antiguo. En *Las guerras civiles,* César menciona el incendio de la flota, mas no una destrucción completa, como podría esperarse si el fuego se hubiese esparcido fuera de control en la ciudad. Marco Tulio Cicerón fue un orador, político y filósofo de primer orden; fue a su vez contemporáneo y opositor de César. Resulta impensable que hubiese desaprovechado la oportunidad de condenar públicamente a César por la destrucción de la Biblioteca y, sin embargo, no se halla tal ataque en ninguno de sus escritos.

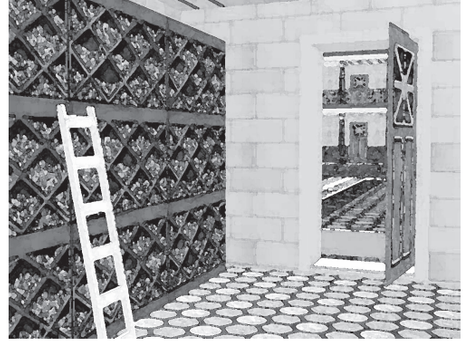
Séneca, noventa y seis años después del hecho, menciona que cuarenta mil libros fueron quemados en Alejandría, sin hacer comentario adicional sobre el asunto. No fue sino hasta 150 años después de la batalla que Plutarco menciona la destrucción de la Biblioteca como ocasionada por César. La mayoría de los académicos que han estudiado el asunto cree que una gran cantidad de libros –algunos estimativos coinciden con la cifra dada por Séneca– fueron removidos de la Biblioteca y almacenados en una bodega para ser enviados a Roma y utilizados como utilería en la procesión triunfal del César. Fueron estos libros los que resultaron destruidos y, a través de las brumas de la distorsión, fueron convertidos en la totalidad del complejo de la Biblioteca.

La ciudad se vio envuelta nuevamente en una guerra civil romana cuando Augusto persiguió a Marco Antonio y Cleopatra hasta la seguridad de sus murallas. Suetonio escribió que Augusto, tras un corto sitio, "redujo" la ciudad. El término deja poco a la imaginación y puede ser escuchado como la campanada de muerte de la Biblioteca. Sin embargo, el edificio parece haber sobrevivido lo suficiente para ser destruido por Aureliano y nuevamente por Diocleciano, emperadores romanos del siglo III.

Según otra tradición la Biblioteca, que ha adquirido los atributos de un gato con sus nueve vidas, fue incendiada por una caterva de monjes cristianos. El momento fue el año 391 d.C., cuando el cristianismo había sido constituido como la religión estatal del Imperio. Teófilo I, patriarca y eventual gobernante de Alejandría, excitó el entusiasmo de sus seguidores en contra de los paganos y el templo de Serapis. Su destrucción de la Biblioteca puede ser vista como una manera de purificar el mundo de la odiada influencia pagana, sus ídolos y sus sacrificios. Una vez más, el flujo de los acontecimientos resulta natural y, si este relato es verdadero, lo único que podemos hacer es sacudir nuestras cabezas ante la trágica pérdida de conocimiento que el mundo sufrió a manos de las leyes de una banda.

¿Caben dudas?

Existen estudiosos, entre los que se cuenta el doctor J.B. Bury, quienes dudan que la Biblioteca haya sido efectivamente destruida. Partiendo de su lectura de las fuentes, opinan que resulta claro que solamente sus contenidos fueron destruidos, que el templo en sí nunca fue demolido sino transformado en una iglesia y un monasterio.



ANTIGUA BIBLIOTECA DE ALEJANDRÍA.
Modelo de realidad virtual en 3Dcreado por E-Spaces.

Teófilo, con todo su entusiasmo violento, era un hombre educado y un líder no desprovisto de habilidad. Sus inspectores en Constantinopla no ordenaron la destrucción de una biblioteca; ellos tenían el propósito de recolectar libros cristianos y paganos, excepto de una religión pagana. Una vez los ornamentos rituales del culto local del dios Serapis fueron reemplazados con los símbolos universales de la cristiandad, la labor había concluido.

Teófilo logró su misión liderando lo que los historiadores contemporáneos denominan como su banda a través de las calles de la ciudad, hasta un templo específico, removiendo la gran aguja de medición de ese templo hasta la seguridad de una iglesia cercana, destruyendo los utensilios de devoción pagana y marchando de regreso por las calles portando piezas rotas del ídolo a manera de trofeo, todo esto sin violencia incidental (Parsons 1952, 362). Estos actos demuestran que lo que Teófilo lideró fue una banda sólo de nombre, y que no existe razón para creer que la violencia "desmesurada" se diseminó y destruyó la Biblioteca.

Una última referencia fue hecha a comienzos del siglo XIII con relación a la destrucción de la Biblioteca Alejandrina por 'Amr Ibn al-'As cuando conquistó Alejandría en el 642 d.C. 'Abdul Latif al-Baghdadi aludía a una historia según la cual 'Amr Ibn al-'As preguntó a su califa, 'Amr Ibn al-Khattab, qué debía hacerse con los libros de la Biblioteca. La respuesta que recibió fue: "Si lo que está escrito en ellos coincide con la palabra de Dios, no son requeridos; si no coincide, no son deseados. Destrúyelos, por lo tanto". Los rollos fueron entonces dispensados a los baños de la ciudad, donde eran utilizados para calentar agua; la operación tardó seis meses en ser completada. De acuerdo con la mayoría de estudiosos e historiadores, no existe evidencia de que tal evento haya tenido lugar alguna vez (El-Abaddi 1977, 49-51).

De este modo finaliza la lista de razones usadas a lo largo de la historia para explicar la desaparición de la Biblioteca de Alejandría. Una explicación moderna ha sido expuesta utilizando las fuerzas de la economía. Cuando Ptolomeo VI de Egipto cortó los suministros de papiro destinados a la Biblioteca de Pérgamo, era requerida una nueva fuente de material para la escritura. Según la tradición, el rey Eumenes II de Pérgamo ideó una nueva manera de limpiar y estirar las pieles de ovejas y cabras, haciendo posible la escritura por ambas caras del material (Boorstin 1985, 525). Este nuevo material era entonces cosido para formar un códex, un libro moderno. Demostró ser tan exitoso que toda la literatura fue transferida al nuevo sistema. Alejandría no se encontraba en posición para cambiar su colección al nuevo medio y cayó en desuso. A lo largo de un período de tiempo, la colección decayó porque a la gente ya no le importaba. Sin duda, algún estudioso del futuro utilizará el mismo argumento para explicar la desaparición del papel gracias al desarrollo de un medio electrónico durable.

Al final nunca sabremos con certeza qué fue lo que en realidad sucedió con la colección de la Biblioteca. Lo que sí sabemos es que una pequeña parte de la estructura de la Biblioteca sobrevivió los siglos, un oscuro y olvidado sótano del Serapeum, el anexo de la Biblioteca. Algunos, tal vez, podrán mirar el asunto con ojos poéticos. Lo que alguna vez fue un templo y posteriormente un santuario dedicado al conocimiento humano, la Biblioteca, como la humanidad, surgió de humildes comienzos, alcanzó una medida de grandeza, y sobrevive sólo como un agujero en la tierra. El hogar de los padres de las teorías científicas, la morada de la genialidad, el lugar donde los humanos recolectaron por vez primera, de manera seria y sistemática, el conocimiento del mundo, esa gran Biblioteca de Alejandría no lo es más.

MOHAMMED AMAN.
Decano y profesor
de la Escuela de Estudios de la Información.
Decano Interino de la Escuela de Educación,
Universidad de Wisconsin-Milwaukee.

Traductor
ENRIQUE ALEJANDRO VELASCO,
titulado en literatura.